



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 22 DE MAYO DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Globos Aerostáticos

INFLACIÓN CORRUPTA

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Martín creció en un pueblo del Estado de México, en un rancho con caballos, vacas, cabras, cerdos y gallinas. Su padre se hizo cargo mientras Martín y su hermano Efraín iban a la escuela rural, hasta que la abandonaron a los diez años. El padre vivía de los animales y Martín creció amándolos como si se trataran de personajes míticos o bestias de extraordinaria belleza y ternura. Y aunque a ninguno de los dos hermanos les gustaba el rancho, aguantaron ahí, aprendiendo lo que pudieron de su padre hasta los doce. Luego se fueron a la Ciudad de México. Lo peor del rancho era el calor del verano y el olor de las heces. Contaban con electricidad, pero su costo era altísimo como para tener ventiladores en los cuartos sin ventanas: agujeros rectangulares cubiertos con pedazos de sábanas, de una casa en ladrillos rojos, con secciones de las paredes cubiertas con cemento. “El calor no deja hacer nada allá. Tons nos vinimos para acá”, le dijo Martín al gerente del restaurante con quien se entrevistaba en ese momento para el puesto de “valet parking”.

Había aprendido a manejar el carro de su padre en uno de los veranos en que regresó a pasar las vacaciones al rancho, desempleado, a los quince. A los dieciséis regresó a la Ciudad de México y tuvo varios trabajos de mandadero: perfeccionó su conducción al volante. En el restaurante, lo único que tenía que hacer era mover carros algunos cuantos metros, “pa’delante y pa’trás”. Recibía propinas de veinte o treinta pesos, diez o quince veces al día. Más el salario mínimo: sacaba quinientos o seiscientos diarios.

El tema era que también había que mantener a la familia de su hermano, quien se encontraba sin chamba. A los pocos meses, Martín habló con el gerente del restaurante para que, sin pagarles más, permitiera que su hermano Efraín, sustituyera a Martín en el trabajo diario de siete de la mañana a once de la noche. Un día uno, un día el otro.

Entonces se vino la Pandemia con todo y todo. Los hermanos regresaron al rancho mientras se normalizaba la situación. En una de las borracheras con los vecinos, un viejo gruñón que usaba sombrero de paja y que tenía una perra que acababa de tener cachorros, dijo que iba a tirar a la basura a los perritos que le habían sobrado sin poder vender. “Yo te compro uno”, le dijo Martín. “dame lo que quieras y llévate lo”. Martín extrajo de su cartera un billete de quinientos pesos.

Cuando los semáforos de la pandemia bajaron la intensidad de su color, Martín regresó a la Ciudad de México con todo y su Pitbull Blue, color gris azulado. Era su única compañía: lo dejaba todo el día en la zotehuela del departamento que rentaba cerca de Texcoco, a una hora en carro de su trabajo en la colonia Nápoles. Salía de su casa a las seis de la mañana, regresaba a las doce de la noche. Llegaba a servir comida, a limpiar las heces del perro y a dormir abrazado al Pitbull. Al día siguiente le tocaba convivir con su



animalito, pues a Efraín, su hermano, era a quien le correspondía estacionar autos en el restaurante.

En día libre, Martín sacaba al Pitbull a correr al parque situado a dos cuadras de su edificio. Y cada que podía, le compraba una pelota de tenis o incluso una más grande, de plástico, pero al perro poco le duraban, las deshacía fácilmente. En cuestión de horas tronaba cualquiera intento de balón. Si era domingo, Martín cruzaba el tráfico en auto, con el perro sentado a los pies del asiento del copiloto, para que su mascota conviviera con otras en el Parque México de la Colonia Condesa.

El Pitbull fue creciendo bajo la comodidad de la sombra del cariño del amo. Perro fortachón. Martín le daba arroz y verduras, además de la dieta regular de croquetas. Mil quinientos pesos al mes, gastaba Martín en alimento para su mascota. Hasta que las cosas regresaron a la nueva normalidad y los precios comenzaron a subir en la Ciudad de México. Martín no sabía de números, ni de porcentajes, ni de economistas, ni de neoliberales, solo escuchaba en las noticias decir que aquello era: la corrupta inflación. Él seguía ganando lo mismo, los ricos seguían yendo al restaurante donde trabajaba, pero la inflación la sufría en el plato del que comía cada día.

Primero, no pudo pagar el gas. Se lo cortaron y empezó a bañarse a las cinco de la mañana, como antes lo hacía en el rancho: con el agua helada del cielo que desprotege a los pobres. Hasta que se volvió costumbre. Cuando apareció el invierno, el temporal trajo consigo alimentos aún más caros y... la reseca oferta de un vecino: “Su animalito está muy bueno para la monta. Se lo compro en quince mil pesos”.

El pecho se le abría a Martín en enero, como si lo despedazara un témpano gigante en forma de hacha. Fue el día último del mes que le entregó su animalito al vecino, con collar y su cama Violetzi, lujo que ni siquiera se había dado a él mismo, pero que había podido

regalarle a su mascota: la que más amaba en la tierra, y en el universo.

CARTA A LAS ESTRELLAS

OLGA DE LEÓN G.

He postergado demasiado este acercamiento con mis seres más queridos que ya no están en el mundo de los vivos: los que siempre están de prisa, sin tiempo para lo verdaderamente importante, pero tampoco para los detalles más sutiles con los que se entretienen los lazos de amor, de amistad y de lealtad, a prueba de tentaciones para caer en el olvido de las convicciones propias.

Cuando los rayos del sol llegan hasta mi ventana, me levanto y miro por ella al cielo. Para mí, es un acto de memoria y honor merecido a mis padres y un par de adorables tías (¡tan diferentes entre sí!), una de ellas fue como una abuela.

Entonces, a esta altura de mi vida y durante el tiempo recorrido, de pronto, pienso: ¿cómo nos verán nuestros padres? ¿Cómo ven a su hija? No puedo imaginarlos en otra parte: como espíritu corpóreo, en el cielo; y como fantasmas, seres etéreos, a ratos o casi siempre: cuidando mi paso, mi sueño del lado que duermo, en la cocina, en la estancia mientras trabajo revisando o editando... O, como ahora, cuando escribo...

Lo sé, aunque no siempre los siento, ni estén los dos al mismo tiempo. A veces, a mi madre le gusta ir con su nieta, y observarla dando sus clases de Ballet; otras, se sienta a escuchar al nieto, mientras interpreta algo al piano o improvisa con el Sax, uno de sus ritmos favoritos, jazz.

Qué lejos y qué cerca está el cielo. Algunas noches siento que en la casa no hay techo y por los cuartos que recorro, veo solo nubes, estrellas, constelaciones y uno que otro aerolito cruzando la parte del firmamento que tengo a la vista. No se lo cuento a nadie, porque dirían que estoy delirando o inventándome alguna historia que luego volveré cuento. No es así. Yo sé bien lo que veo, y lo que solo invento o imagino.

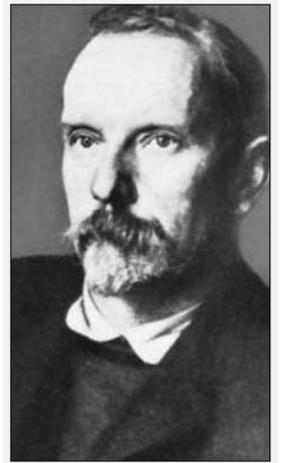
...sí, sigo retardando la redacción de mi misiva, prologando, introduciendo: me encanta regodearme en los inicios. En fin:

¿Qué he hecho de mi vida? ¿Hice algo bueno y bien? Me gusta pensar, en este momento al menos, que sí. Mas sé que me falta tanto por hacer, y no sé si me queda tiempo suficiente para ello. ¿Pensaremos igual, en este sentido, todas las mujeres y hombres que estamos en los setenta o más, y nos sentimos con fuerza y capacidades para seguir viviendo?

Papá, me hiciste mucha falta... especialmente a los veinticinco y veintiséis, cuando nació tu primer nieto. Luego durante todo mi recorrido por las aulas universitarias, por algunos vericuetos y escollos que como trampa me fue poniendo el destino. Creo haber salido “avanti”, de todos ellos, pero cuesta... y, duele, más que el tropezón o la dura prueba, las injusticias que tuve que soportar, en aras de no perder ni mi estatus profesional, ni el modesto ingreso, porque lo necesitamos... es el pan de cada día de la clase media, honesta y trabajadora.

Confío en que mi dignidad, apabullada a veces, siga intacta. Eso pienso, como que la dignidad no se pierde por aceptar errores de otros como propios, ante el dilema de quedarme sin oficio: enseñar y motivar a crecer y ser hombres y mujeres libres con principios sólidos y carácter humano, antes que fariseos y superficiales.

Padre: espero te agrade verme como soy, no como creo ser. Y, sobre todo, que mirando a mis hijos -tus nietos- educados para ser mujer y hombre de fe, en libertad, con capacidad de dar y amar, a quien realmente los ame, descubras en ellos vestigios de tu educación. Que ellos nunca olviden los lazos que los unen, ni el pasado; ni lo que sus padres fueron y son. Sin estancarse, antes bien mirando hacia el futuro con ojos nuevos, como de niños, descubriendo cada nube y cada estrella... y entre ellas, a sus abuelos.



Jules Renard

JNació el 22 de febrero de 1864 en Châlons-du-Maine, Mayenne, Francia, lugar donde trabajaba su padre en la construcción del ferrocarril. Fueron sus padres François Renard y Anna-Rose Colin. Tuvo tres hermanos mayores: Amélie, nacida en 1858, habría de morir a temprana edad; una segunda hija también llamada Amélie, nacida en 1859; y un tercero llamado Maurice, quien había nacido en 1862.

Creció en Chitry-les-Mines, Nièvre y su infancia se caracterizó se caracterizó por ser difícil y triste. A pesar de haber decidido no asistir a la prestigiosa Escuela Normal Superior, desarrolló un amor por la literatura, el cual eventualmente dominaría su vida. Entre 1885 y 1886 realizó el servicio militar en Bourges. En el año 1888 contrajo matrimonio con Marie Morneau y ambos se trasladaron a vivir a París.

Al mudarse con su esposa a París empezó a asistir a cafés literarios y a contribuir en los periódicos de esta ciudad. Entre sus amigos asiduos estaban Alfred Capus y Lucien Guitry.

Se inició como narrador con un volumen de relatos titulado “Crimen en el pueblo” en el año 1888, al que siguió en 1890 otro volumen de cuentos llenos de ironía y causticidad, “Sonrisas forzadas”. Ese mismo año colaboró en la fundación de la revista del simbolismo francés *Mercur* de France.

A lo largo de su vida escribió poemas, cuentos, obras de teatro, novelas, entre las que destaca su famoso “Pelo de zanahoria”, en la que cuenta las burlas y los malos tratos que recibe un niño en su hogar.

Fue un socialista convencido y era partidario del pacifismo y del anticlericalismo. Siendo candidato socialista, fue elegido alcalde de Chitry el 15 de mayo de 1904 y se hizo miembro de la Academia Goncourt en octubre de 1907, gracias a Octave Mirbeau.

Representa el prototipo del escritor con clara voluntad de estilo. Buscó incansablemente la palabra exacta, que después concentraba en frases mínimas (sujeto, verbo, predicado) pero intensas, miniaturas talladas con profundidad y lirismo. La ironía fue otro de sus recursos característicos; y algo más que un recurso: dotado de una personalidad entre cínica y burlona, a través de ella -despidada a veces, incluso consigo mismo- alcanzó a distanciarse de sus emociones y a congelarlas.

Falleció el 22 de mayo de 1910 en la ciudad de París, Francia, víctima de arterioesclerosis.

ad pédem literae

Lo más difícil de aprender en la vida es qué puente hay que cruzar y qué puente hay que quemar.

Bertrand Russell

Letras de buen humor

Los científicos se esfuerzan por hacer posible lo imposible. Los políticos por hacer lo posible imposible

Bertrand Russell

Mónica Lavín

Los asombrosos

Las tribulaciones cotidianas están hechas de los apremios domésticos, los reclamos de la salud y las noticias que son el andamiaje donde nos movemos. Por eso lo extraordinario, lo que nos hace sacar la cabeza del día a día, nos emociona y nos recuerda que a veces estamos perdidos en nuestra pequeñez, que la dimensión del tiempo y el espacio son otras y que poseemos la capacidad de asombrarnos. Así fue el espectáculo que nos preparó el universo en días pasados: el eclipse lunar. Pudimos ser testigos sin pagar boleto, sin instrumentos ópticos, sin muchos conocimientos astronómicos de lo que la circunstancial alineación del Sol, la Tierra y la Luna permitió observar: nuestro satélite tan rojo y esférico como si estuviera vivo. Nos lo explicaron en la escuela con esquemas, pero vivirlo es ver que la masa de la Tierra ensombrece a la Luna porque estorba el brillo del Sol reflejado sobre su superficie. Y “El lado oscuro de la luna” sugiere la voluptuosidad de su cara oculta.

Otra forma de mis asombros que ha coincidido con rastrear el espectáculo lunar ha sido la lectura de la novela ganadora del Premio Planeta 2021. No sólo por el placer que provoca leer un

thriller en donde perseguimos con los personajes la verdad, sino porque con *La Bestia* volvemos a la experiencia de leer aquellas novelas del siglo XIX detalladas en costumbres, en retablos sociales, en maneras de otra época. Carmen Mola es una hidra de tres cabezas porque la novela está escrita por Jorge Díaz, Agustín Martínez y Antonio Mercero, quienes combinan la amistad, el oficio de guionistas, la escritura de sus propias novelas con la escritura en equipo de esta y otras novelas. La historia ocurre en un verano madrileño de 1834, con la pugna entre carlistas (tradicionalistas) e isabelinos (liberales), en medio de la epidemia de cólera, donde están desapareciendo niñas y la pelirroja Lucía, de 14 años, pobre y audaz, habitante de Peñuelas, al otro lado de la cerca del Madrid, hará todo por encontrar a su hermana. Los problemas del presente dialogan con los de esta novela porque, como los propios autores dicen, las novelas son para poder relacionarnos con él hoy. Las encrucijadas por las que nos lleva a *La Bestia*, donde las vueltas de tuerca inesperadas están siempre un paso adelante de nosotros para sorprendernos con la astucia narrativa, devienen en una novela que no quer-



emos soltar. Madrid que se devora a sí misma, que siempre renace, como afirma el narrador, es uno de los personajes esenciales, entre otros, como el policía tuerto, el monje guerrero, el periodista romántico, la dueña del prostíbulo, la actriz adicta, la noble astuta, etc. Jorge Díaz afirma que esta es una novela de amor, y es cierto que entre la violencia del asesinato de un centenar de monjes en la iglesia de San Francisco el Grande —piedra de toque de la realidad que desató en los autores el deseo de escribir

esta novela— quienes habitan este mundo de ficción buscan la luz en la ternura y la cercanía amorosa.

La lectura nos lleva a revisar quiénes somos cuando los personajes se asemejan a los de hoy: epidemia incontrolable, radicalismos políticos, mujeres desaparecidas, periodistas perseguidos. Me propongo hacer todo lo posible para que no se eclipsen los asombros que dan otra estatura a los afanes cotidianos, sin tener que esperar nuevamente a que el Sol, la Luna y la Tierra estén en sintonía.